

Salutaciones

Parafraseando a Ludwig Wittgenstein, después de hablar Irene Vallejo lo mejor es callarse y deleitarse en su mensaje y sus palabras.

No obstante, como Presidente de Aragón, tengo la obligación, que cumplo mucho gusto, de dirigirme a todos ustedes en el Día de Aragón, en la festividad de San Jorge, para referirme en primer lugar a una visión que creo que es compartida. Quienes hemos vivido una catástrofe como esta pandemia, quienes hemos vivido inmersos en ella, estamos sustancialmente incapacitados a corto plazo para valorar reamente su impacto y mucho menos para medir sus efectos. Pasará un tiempo, habrán de transcurrir algunos años, habrá que verlo con una cierta perspectiva histórica para darnos cuenta cabal de lo que ha pasado y para percibir con nitidez los cambios que se han operado en nuestra vida individual y en nuestra vida colectiva.

Estoy convencido de que, visto con perspectiva, todo lo que ha ocurrido será más trágico de lo que en este momento pensamos. Habrá que esperar en todo caso a que llegue ese momento. Pero a lo que no podemos esperar es a hacer un ejercicio de análisis, a lo que no podemos esperar es a tratar de adelantarnos a lo que va a venir para prevenir los cambios que se van a producir e intentar por todos los medios que esos cambios no nos alejen del camino de derechos, de libertades y de progreso que estábamos recorriendo todos juntos hasta hace apenas un año.

En cualquier caso, lo cierto es que a estas alturas 3.400 aragoneses, que se dice pronto, han muerto como consecuencia de la pandemia. Son 3.400 heridas que sangran en el corazón de todos y cada uno de nosotros y que nos obligan a dirigirnos permanentemente a sus familias para manifestarles nuestra condolencia y para ofrecerles todo nuestro apoyo.

Me parece, querido Javier Sada, absolutamente atinada la Medalla de las Cortes a las personas mayores que con tanta dignidad ha recogido Emilia. Las personas mayores, esta generación, como bien ha dicho el Presidente de las Cortes, es una de la historia de España particularmente endurecida y avezada por los rigores de todo lo que le ha tocado vivir; un generación acostumbrada a la sobriedad, al sacrificio, a darlo todo por sus hijos y por sus nietos, y es absolutamente injusto que al final de su vida, en muchos casos en los últimos meses de la misma, se hayan visto privados de la compañía, de la cercanía de sus familiares, de sus hijos y de sus nietos porque desde los respectivos gobiernos hemos tenido que enfrentarnos al diabólico dilema de que, para preservar su salud y su vida, había que privarles del contacto directo y del calor de los suyos. Es -les aseguro a todos ustedes- una de las decisiones más duras que desde las administraciones ha habido que tomar.

Y me parece también una decisión acertada del Gobierno y de las Cortes la del homenaje a los profesionales de los servicios esenciales que se han dejado profesionalmente la piel a lo largo de los meses transcurridos; reconocimiento al que habría que sumar a la sociedad aragonesa en su conjunto, pues, a pesar de excepciones de todos conocidas, ha sido una sociedad a la que por razones también de preservación de su salud y de su vida, ha habido que someter a una limitación de algunos

de sus derechos fundamentales. Y esa sociedad, con una responsabilidad que le honra y que nunca le agradeceremos bastante, ha afrontado esos sacrificios. Merced a ello y gracias a la vacuna, en los próximos meses nos veremos libres definitivamente de esta pesadilla.

Por lo demás, queridas amigas y amigos, el Día de San Jorge, el Día de Aragón, es un día de fiesta, es un día de celebración y ha sido desde el principio un día de reivindicación; de reivindicaciones en la calle, de momentos épicos vividos por la autonomía aragonesa y de reivindicaciones más institucionales como las que se corresponden con el momento actual. De reivindicación, por ejemplo, de los padres fundadores de la autonomía aragonesa; de los hombres y de las mujeres en cuyo esfuerzo, en cuyo compromiso y en cuya inteligencia está el origen del espléndido Aragón autonómico que ahora mismo disfrutamos y vivimos. Algunos de ellos están aquí presentes pero hoy me quiero referir particularmente al padre fundador por antonomasia; me quiero referir a Juan Antonio Bolea Foradada que nos dejó hace pocas semanas.

Juan Antonio era un aragonés cabal, un aragonés de cuerpo entero. He dicho muchas veces que si lo conocías y tratabas era imposible no quererlo; irradiaba la bonhomía de la que hablaba Antonio Machado; era un hombre inteligente, un hombre con un acendrado sentido del humor, un hombre fundamentalmente capacitado desde su aragonesismo para el pacto y para el entendimiento.

A él le cupo el honor, en Calatayud, de izar la bandera cuatribarrada 271 años después de que esa bandera fuera arriada como consecuencia de la aplicación de los decretos de Nueva Planta.

A Juan Antonio Bolea Foradada le cupo el honor, hecho desde la inteligencia que le caracterizaba, de poner sobre la mesa de la Comunidad Autónoma de Aragón, de desplegar ante los aragoneses el atlas de la Comunidad política, de enunciar los principales temas de la Autonomía, de preconizar de alguna forma los elementos fundamentales del Estatuto que se aprobaría más tarde; a Juan Antonio le correspondió empezar a trazar la hoja de ruta que después sus sucesores han continuado y que nos ha traído hasta aquí.

Habló del Canfranc, habló de regadíos, habló de los problemas de la repartición de las diócesis entre Cataluña y Aragón; frente a voces agoreras de la época, supo adivinar lo que la automoción iba a suponer para la comunidad autónoma; en definitiva, en su obra, en sus discursos y en sus acciones está escrito de alguna forma este atlas al que me refería y que, de alguna forma, sus sucesores hemos seguido a pies juntillas.

Además Juan Antonio era un hombre perfectamente consciente de que el futuro para Aragón, escrito en términos positivos, era absolutamente inviable si el futuro de España no se escribía en los mismos términos. Era un hombre absolutamente comprometido con el proyecto nacional y fue, además, un hombre importante en la Transición, un momento en nuestra historia reciente que, en mi opinión, por talento, por talante y por la manera de entender la política y el país debería seguir inspirando a las generaciones políticas presentes.

El Día de Aragón, queridas amigas y queridos amigos, es también momento de reivindicar el talento como seña de identidad del Aragón de todos los tiempos. El talento

que se despliega en todas las actividades de la vida pública y privada aragonesa; en el mundo de la empresa, en el mundo de las entidades sociales, en el mundo de los sindicatos, en todos y cada uno de los ámbitos, y que se despliega también de forma sobresaliente en el mundo de la cultura; en el mundo de la cultura pasada – nos ha hecho Irene un recorrido por la misma totalmente fascinante- y el mundo de la cultura presente.

Un talento que nosotros celebramos con el 275 aniversario del nacimiento de Goya que se celebra también con otra efeméride relacionada con Sender.

Un talento que se ha demostrado en el mundo del cine, esa tradición tan propia de Aragón, con el triunfo de una película aragonesa y una directora aragonesa, Pilar Palomero, en los recientes Premios Goya; un talento que irrumpe de manera desbordante y plétórica a través de la obra de Irene Vallejo.

A Irene ya la conocíamos muchos, ya habíamos descubierto la descomunal escritora que había en ella. Pero ha tenido que llegar “El infinito en un junco”, un ensayo, y no es fácil que un ensayo triunfe en el mercado editorial, ha tenido que llegar “El infinito en un junco” para que Irene deslumbrara a cientos de miles de lectores de todo el mundo y cautivara el corazón y la inteligencia de todos ellos.

Yo me he prodigado en palabras absolutamente sinceras y sentidas de elogio hacia Irene. Me considero un devoto seguidor, un devoto lector suyo; creo que es una escritora deliciosa, una escritora que nos hace navegar por el mar, a veces proceloso, muchas veces cálido y siempre apasionante del mundo clásico. Una escritora que utiliza esa cultura clásica para arrojar luz sobre el presente y que, sobre todo, imprime un sentido ético, un sentido de la moral que desde su propia mirada y hasta todas y cada una de sus palabras nos impacta y nos contagia para bien.

Querida Irene, leyéndote nos haces felices, nos haces más cultos y más sabios, fortaleces nuestras convicciones éticas y morales; en definitiva, leyéndote, nos haces mejores. Podría seguir enunciando elogios y parabienes para ella. Pero permítanme que me detenga en uno que me parece particularmente interesante. Irene defiende con uñas y dientes la escritura, defiende los libros y defiende las humanidades y esto, en el mundo actual, es muy relevante.

Creo que estaremos todos de acuerdo en que un proyecto de país solo puede serlo de éxito si detrás de él hay un modelo educativo pactado y acordado; sin ese modelo educativo pactado y acordado un proyecto de país está condenado al fracaso; esa es por tanto una de las tareas más importantes que tiene por delante la política española.

En ese modelo está cada vez más claro que habrá que dirigir la formación de los jóvenes españoles hacia los nuevos oficios, hacia las capacitaciones que los hagan ser profesionalmente competitivos y les permitan ganar buenos salarios, hacia las nuevas actividades que nos traen las transiciones digital y ecológica. Pero no es menos importante que las Humanidades recuperen el espacio que jamás debieron perder.

El Homo Sapiens lo es porque es capaz de desarrollar el saber, la creatividad y el talento y porque, a partir de ahí, es capaz del análisis y de la crítica y es capaz de organizar la convivencia en torno a los valores y virtudes morales que han conformado el más excelente cuerpo ético de la historia de la Humanidad.

Pues bien, cuando, en algún momento, los poderes públicos y la sociedad en general se pongan a esa indomable tarea, les recomiendo que lean “El infinito en un junco” y estoy totalmente convencido que muchas de las discrepancias se desvanecerán como el humo.

El Día de Aragón, señoras y señores, ha sido siempre también día de reivindicar soluciones para los problemas pendientes.

Por suerte, el autogobierno, el ensanchamiento competencial que el Gobierno de Aragón es capaz de gestionar y que las Cortes de Aragón son capaces de engrandecer a través de su tarea legislativa, ese elenco competencial hace que los problemas los podemos resolver nosotros mismos cada vez en mayor medida. Pero todavía sigue habiendo cuestiones cuya solución no depende de nosotros sino que depende del Gobierno de la Nación.

Podríamos hablar de carreteras, de ferrocarriles, de obras hidráulicas. Pero permítanme que me detenga en un asunto que nos viene atormentando desde hace años y que creo que es el núcleo de todo aquello que Aragón tiene pendiente de resolver para alcanzar una situación que se aproxime al modelo de Comunidad con el que soñaron los padres fundadores. Me refiero a la financiación suficiente de los servicios públicos y a la otra cara de la moneda de esa tarea pendiente, al cuidado de un territorio, al cuidado de un medio rural español que desde hace décadas no está bien atendido.

Y para acometer ese tipo de reivindicaciones con suficiencia y eficacia lo primero que tenemos que hacer es acertar en el diagnóstico y llamar a las cosas por su nombre.

Se equivocan los que creen que el fenómeno de la despoblación está empezando ahora. El fenómeno de la despoblación está llegando a su fin. Comenzó a principios del siglo XX. Después de siglos de una economía cerrada, de una economía que requería que las gentes viviesen cerca del lugar de trabajo, que eran los campos; después de siglos de esa economía primitiva irrumpió la revolución industrial, que desencadenó un progresivo éxodo de los habitantes de los pueblos hacia las ciudades.

Es un proceso que se acentuó a mediados del siglo XX por la política económica por los ministros tecnócratas de Franco y que en este momento -insisto- está llegando a su fin.

Quien, desde la nostalgia o el romanticismo -cuando no por otros motivos menos respetables-, se plantee su reversibilidad condena su esfuerzo al fracaso. Lo ocurrido es que gran parte del medio rural -no todo- ha sido progresivamente abandonado y, por tanto, lo que hay que intentar es que cada metro de territorio español esté bien cuidado y que, desde un exquisito sentido de la sostenibilidad y de la preservación del medioambiente, cada metro del territorio sirva para generar riqueza y bienestar a las gentes que vivan en él, las que sean, las que el territorio permita, pero que puedan hacerlo con buenos servicios públicos y sin cortapisas para acceder al modo de vida que disfrutaban las gentes que viven en las ciudades.

Por eso, para mí, induce a error y nos distrae a la realidad del problema hablar de España “vacía” o “vaciada”. Yo creo que tenemos que empezar a hablar España abandonada, de Aragón abandonado, de la necesidad de recuperar el territorio, de la

necesidad de procurar la felicidad y el bienestar de las gentes que quedan en los pueblos y de las que quieran ir a vivir en ellos.

Y líbrennos los dioses de todos aquellos que dicen remediar el problema anunciando grandes estrategias o grandes planes nacionales. La mejor manera de no hacer nada, la mejor manera de dejar las cosas como están es hablar de grandes estrategias y de conformarse con ellas. Llevamos ya unos cuantos planes y solo han servido para que quienes tienen que tomar las decisiones, escudándose en propuestas difusas y vagas, las demoren año tras año.

A estas alturas, lo que se requiere son soluciones concretas.

Solución concreta es mejorar sustancialmente la financiación autonómica de las comunidades autónomas despobladas. Es mucho más cara una plaza escolar o una plaza sanitaria en la provincia de Teruel, de Huesca o de Zaragoza que en Valencia, Madrid o Andalucía donde la alta densidad demográfica hace que, por economía de escala, la prestación de los servicios sea mucho más barata.

Financiar a todos por igual sin tener en cuenta en coste real de los servicios es condenar al medio rural a la despoblación total

Solución concreta para fijar población en el territorio es una PAC de la que se eliminen los derechos históricos, que hacen posible que perciban subvenciones personas que no tienen ninguna dedicación profesional a la agricultura o la ganadería, en detrimento de los que sí lo hacen y son esenciales para mantener vivo el medio rural.

Entender realmente el problema supone, en fin, aceptar que el abandono del territorio no es igual en Huesca que en Teruel o en Galicia, Castilla y León o Castilla La Mancha u otras. Eso significa que no caben recetas genéricas sino soluciones concretas y diferenciadas, que, por tanto, con la colaboración del Gobierno de España, han de gestionar las comunidades autónomas, las diputaciones provinciales y los ayuntamientos.

El Día de Aragón, queridos amigos, es también día de reivindicar el autogobierno, el autogobierno que establece el Estatuto de Autonomía a través de todos y cada uno de sus órganos, del Presidente, del Gobierno, de las Cortes, del Justicia y de la Cámara de Cuentas; un autogobierno que a Aragón le ha sentado de maravilla y, por si hubiera alguna duda al respecto, la pandemia lo ha acabado de confirmar.

Por razón del reparto de competencias, lo cierto es que ha recaído sobre la espalda de las comunidades autónomas el grueso de la gestión de la pandemia y, con la ayuda económica del Gobierno de España, la parte más complicada: la gestión sanitaria y su correlato en forma de restricciones de movilidad y espacios, la hemos tenido que afrontar prácticamente en solitario.

Aragón no ha rehuído en ningún momento su responsabilidad. Es más, aprovechando a fondo la posibilidad de legislar, hemos sido los aragoneses los únicos que hemos aprobado una ley para hacer frente a la pandemia; una ley, por cierto, que nos permitirá después del 9 de mayo, si definitivamente no se prorroga el Estado de Alarma, seguir tomando medidas con seguridad jurídica, medidas que, por otra parte, ojalá no sea necesario adoptar.

El desarrollo del Estatuto ha permitido además que Aragón despegara, que Aragón liberara todas sus energías económicas, sociales y culturales -que eran muchas y que una administración centralizada hubiera tenido siempre adormecidas- y que configurara su forma de ser, su manera de estar en el mundo, su manera de producir, su manera de gobernarse a su imagen y semejanza y de acuerdo con su vocación.

Si hoy estamos impulsando sectores económicos líderes en España, si hoy tenemos unos servicios públicos que se aproximan mucho a los que la Comunidad Autónoma necesita, es gracias al autogobierno, gracias al Estatuto de Autonomía y gracias a todos los gobiernos que lo han desarrollado desde su aprobación.

Por otra parte, hay una dimensión que impregna el espíritu del Estatuto y a cuyo impulso no podemos ni debemos renunciar: me refiero a participar activamente en la cogobernanza de España y en la formación de la voluntad política nacional de España. El desarrollo del título VIII de la Constitución nos mueve a ese fin, al ejercicio de un federalismo que implique el Gobierno de España y a las comunidades a partir de una relación de lealtad y de la aspiración a conformar y fortalecer un proyecto nacional común.

Es, en mi opinión, el único camino para encarar el futuro. Es más, creo sinceramente que en este momento, en la actual situación nacional, las comunidades autónomas, donde la política transcurren serena, prudente y atenta ante todo al interés de las gentes, tenemos que acudir al rescate de España, al rescate del marasmo político en el que está sumida nuestra Nación, nuestro país, como consecuencia fundamentalmente del desastre de Cataluña, que perjudica sobre todo a los catalanes y como consecuencia también del tono ensordecedor, cacofónico y estéril proveniente de la política madrileña, productora en este momento, junto con Cataluña, de desajustes, de enfrentamientos y de decisiones absolutamente insoportables.

A Aragón, queridos amigos, le puede ir muy bien, pero para que le vaya bien a Aragón le tiene que ir bien a España y por eso tenemos legitimidad y yo diría que obligación de implicarnos junto con el resto de las comunidades autónomas en la buena gobernanza del país.

Termino mi intervención hablándoles de algo que para mí es muy importante y que tiene relación con el momento singular de concentración de energías y expectativas que representa el Día de Aragón.

Creo que el Día de San Jorge es el momento de conjurarnos todos para que el futuro de la Comunidad se escriba en términos de éxito colectivo. Creo sinceramente que estamos mejor que los demás, que estamos en mejor situación para superar la crisis de la pandemia que la mayor parte de las comunidades autónomas gracias a la creatividad de todos los sectores, gracias al empuje de los empresarios, gracias al ámbito del diálogo social, gracias a una Estrategia Aragonesa de Recuperación Social y Económica acordada por la práctica totalidad de las fuerzas políticas, por los agentes sociales y la Federación de Municipios, que está enmarcando todas las políticas del Gobierno desde aquella fecha y lo seguirá haciendo en las próximas.

El pacto es un valor de una dimensión incalculable. Tenemos el valor de la renta de situación pero tenemos también ese valor inmaterial de la gobernanza transversal y del

diálogo, un valor inmaterial que atrae a los inversores cuando saben que aquí, en Aragón, las gentes tenemos claro que las ideologías son importantes en las personas pero que frente a las ideologías han de prevalecer los principios éticos y el amor al territorio, que no son patrimonio de ninguna ideología, el amor al país y el compromiso con el futuro de ese país entendido como proyecto común, sin frentismos ni conflictos paralizantes y estériles.

Hay un autor aragonés nacido en Chalamera, Víctor Lapuente, que acaba de escribir un magnífico libro y, entre otras muchas reflexiones útiles, Víctor Lapuente habla de que frente a la incertidumbre se puede reaccionar de dos maneras, se puede reaccionar con miedo o se puede reaccionar con esperanza.

Si reaccionamos con miedo estamos retrayéndonos, estamos replegándonos sobre nosotros mismos y estamos privándonos a nosotros y a la sociedad de las mejores nuestras mejores virtudes, de aquello que más y mejor podemos aportar. Estamos dando pábulo al populismo, estamos dando pábulo a soluciones totalitarias, estamos, en definitiva, quebrando la salud de la democracia.

Sin embargo, la esperanza es totalmente lo contrario, la esperanza nos abre a la participación, la esperanza nos abre al futuro, la esperanza despliega lo mejor de nosotros mismos, la esperanza es una vitamina formidable para la democracia, para la convivencia y para combatir los peores fantasmas que en este momento ensombrecen nuestro horizonte.

Este es el mensaje que les quería enviar a todos los aragoneses en este 23 de abril, terminando con una afirmación que yo creo firmemente: si confiamos en nosotros mismos tenemos suficientes argumentos para que el futuro de la Comunidad se escriba en términos de éxito, de éxito individual y de éxito colectivo.

Muchas gracias